

dor que se apropió de una gran parte del programa de los progresistas; de igual manera, en la República Argentina un ministro de la clase conservadora, Joaquín V. González, presentó en 1904 al Parlamento el más completo de los proyectos de legislación del trabajo conocidos hasta entonces, cuya actuación progresiva fué torpemente confiada á un embrionario «Departamento Nacional del Trabajo».

Esas son las inducciones sociológicas sobre la formación de la nacionalidad argentina sugeridas por el estudio de sus historiadores. El propósito de sintetizar en pocas páginas sus cuatro siglos de evolución justifica su carácter esquemático; esa brevedad, en cambio, permite ver la *unidad de criterio sociológico* aplicado á la interpretación global de las variaciones de tres factores étnicos (indígena, conquistador é inmigratorio) en un medio natural favorable á la constitución de una nacionalidad nueva. Otra cosa no pretende este ensayo: es una *doctrina general*. Algunas de las aplicaciones particulares que ella permite han sido intentadas en los estudios críticos que integran el presente volumen.

VI

EL NACIONALISMO ARGENTINO: SU INFLUENCIA
EN LA POLÍTICA SUDAMERICANA

La formación natural de la nacionalidad argentina es comprensible si se estudia de qué manera sus razas componentes evolucionan dentro de su medio geográfico. Dos grandes colonizaciones—casi totalmente latinas—substituyen en cuatro siglos á las razas indígenas. La primera es estéril y se resuelve en la constitución de oligarquías feudales, que luchan medio siglo para arribar á la organización política del país. La segunda crea por el trabajo las condiciones económicas que marcan la evolución del feudalismo hacia el régimen agropecuario y capitalista.

Durante esta colonización inmigratoria se inicia la fusión de las oligarquías del país feudal: por el afianzamiento de la unidad política, por el desarrollo de los medios de comunicación, por la convergencia hacia una capital federalizada y por la progresiva comunidad de sus intereses. El «sentimiento

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA
"ALFONSO RIVERA"
1925 MONTERREY, MEXICO

nacional» se forma y define poco á poco en las clases dirigentes de la política argentina, refundiendo los antiguos sentimientos localistas de la época feudal.

Esa unificación psicológica de los descendientes de la primera formación colonial, coincide con un fenómeno paralelo, aunque más importante numéricamente, fácil de observar en los descendientes de la segunda colonización. El extranjero es generalmente antiargentino y con razón; el criollo desestima su condición de trabajador, no encuentra la justicia que reclama y las oligarquías le escatiman la asimilación política que los haría sentirse ciudadanos. Sus descendientes inmediatos, en cambio, son generalmente argentinos y con frecuencia antiextranjeros, pues asimilan rápidamente los rasgos esenciales de la psicología criolla (1). Las tendencias dominantes en la educación, desde Sarmiento, más acentuadas recientemente, concurren á la intensa formación del «sentimiento nacional» en la inmensa masa de nuevos ciudadanos incorporada al país después de la segunda colonización europea. Ellos constituyen esa burguesía infatigable que va penetrando ó desalojando á las oligarquías formadas tras la primitiva colonización.

El nacionalismo, que finca en el desarrollo eco-

(1) Con excepción de los descendientes de anglosajones, lo que converge á acentuar el carácter latino de la nacionalidad.

nómico del país, se afirma con igual energía en las dos clases que orientan la psicología colectiva de los argentinos. La evolución de las cosas se refleja en las costumbres, las creencias y los ideales de los pueblos. En los últimos años ha podido observarse una intensificación del sentimiento nacionalista (1), parejo con el vertiginoso incremento de la riqueza nacional. Ya ha encontrado su cantor en el más brillante poeta de la nueva generación intelectual, Ricardo Rojas (2), visiblemente inclinado

(1) Estos párrafos, pronunciados en 1906, terminan mi libro *Al Margen de la Ciencia*.

«Amar á este hogar común es dignificarse á sí mismo. Robustecer el tronco de este árbol que á todos nos da sombra es una forma de sentir el más elevado egoísmo colectivo.»

«Procuremos para ello ser células vigorosas del organismo en formación: pensemos que la intensidad de cada individuo, obtenida por el esfuerzo y la energía, es un elemento de la grandeza total. Seamos piedras distintas que concurren á combinar el mosaico de la nacionalidad; seamos todos diversos en tamaño, en color, en brillo, pero todos armónicos dentro de la finalidad grandiosa del conjunto.»

«Seamos profundos en la vida, libres en la idea, enérgicos en la acción. Procure cada uno enaltecer el nombre de todos con su esfuerzo, agitando su personal divisa bien alto, ante propios y extraños. Propongámonos vivir una vida propia, enorgullecadora.»

«Aspiremos á crear una ciencia nacional, un arte nacional, una política nacional, un sentimiento nacional, adaptando los caracteres de las múltiples razas originarias al marco de nuestro medio físico y sociológico. Así como todo hombre aspira á ser alguien en su familia, toda familia en su clase, toda clase en su pueblo, aspiremos también á que nuestro pueblo sea alguien en la humanidad.»

(2) Ricardo Rojas: *La restauración nacionalista*.

hacia una restauración del nacionalismo «indianista» (2), menos legítimo después que la segunda colonización latina ha atenuado las influencias autóctonas que pudo haber asimilado la primera.

La formación de la nacionalidad argentina permite entrever su función política dentro de la futura evolución continental. El estudio de su presente potencialidad económica y de las condiciones del medio que favorecen el incremento de su población, dan la medida de los factores que la predeterminan á restaurar en Sud América la grandeza de una raza neo-latina.

Fácilmente se advierte que le correspondería una función tutelar sobre otras repúblicas del continente; los países que podrían disputarle esa hegemonía—Brasil y Chile—se desenvuelven en condiciones étnicas ó geográficas poco propicias á su engrandecimiento. El naciente «nacionalismo» argentino repercutirá en el continente como un «imperialismo pacifista»: ideal de cooperación en un esfuerzo para la grandeza común y de salvaguardia contra la posible penetración de otras razas que acechan su debilidad. Se trata de un hecho sociológico propio de la evolución económica presente; el mismo principio de la concentración capitalista (admitido como verdadero en el devenir industrial

(2) Ricardo Rojas: *Blasón de Plata: Meditaciones y evocaciones sobre el abolengo de los argentinos.*

y comercial) tiene esta aplicación en el orden político. Así como la gran industria tiende á reemplazar ó cooperativizar al pequeño productor, los grandes estados tienden á coordinar en torno de los propios los intereses de los estados menores. Es tan ilógico el recelo de las naciones débiles contra la tutela de las fuertes, como la declamación de los artesanos independientes contra los grandes trust de producción y de cambio. Las necesidades naturales del mercado universal y el equilibrio económico son sus propulsores más eficaces: el sentimiento de la ventaja común debe ser su estímulo y su fuerza.

Esta explicación del imperialismo por la interpretación económica de la historia debe parecer un tanto peregrina á los que pretenden restringirla á la simple explicación de la política interna de los estados mediante la teoría de la lucha de clases. Conviene sustraer esa doctrina al descrédito con que la comprometen los que se limitan á usarla como simple justificación de una política de clase.

Sobre los intereses *parciales* de los partidos que actúan en la política interna de las naciones, existen intereses *generales* comunes á todos los partidos, que se refieren á la influencia colectiva dentro de la política internacional. La cooperación de los partidos á los fines del progreso y del engrandecimiento nacional es una necesidad en la lucha entre los agregados sociales, superior á las divergencias que agitan á las partes que los componen.

La teoría de la lucha de clases, exacta en sentido estrecho y relativo, deja de serlo fuera de la política interna; los intereses comunes entre un estanciero y un peón de la Pampa son más reales que los existentes entre un peón argentino y un peón de Java, ó entre un estanciero argentino y otro de Australia.

La teoría de la lucha de clases, en su forma absoluta y sencilla, es accesible á los propagandistas ignorantes y simpática á las masas; ya se ha señalado que parte de premisas falsas. No hay una burguesía y un proletariado, ni existen *dos* intereses, ni éstos son siempre y necesariamente antagonistas. La actividad económica de un país crea *varios* intereses diversos, propios de los terratenientes, los industriales, los comerciantes, los especuladores, y crea intereses diversos correspondientes á los obreros industriales, á los agricultores, á los medianeros, á los pequeños propietarios. De allí el error fundamental de la división empírica y absoluta de los componentes de un agregado social en burgueses y proletarios, capitalistas y asalariados. La teoría sólo es cierta como caso particular de la lucha por la vida dentro de los agregados sociales, que abarca otras fases no menos complejas é importantes. El antagonismo ó la concordia de intereses no son simples; hay intereses colectivos que son comunes á toda la humanidad, á toda

una raza, á una nación, á una clase, sexo, gremio, grupo ó familia.

La política internacional es la expresión concreta del juego de los intereses comunes á todos los componentes de una nación respecto de los componentes de otras naciones; en mil circunstancias hay intereses comunes al millonario y al hambriento, al católico y al judío, al blanco y al negro, siempre que ellos formen parte de un mismo agregado político, toda vez que sean miembros de una misma nacionalidad.

Por eso no hay contradicción al observar la orientación de la política interna de un país hacia la socialización de sus grandes funciones colectivas en manos del Estado, al mismo tiempo que su tendencia al imperialismo dentro de la política internacional. Son dos casos distintos de la lucha por la vida entre los agregados sociales, susceptibles de orientarse en discordancia con las preocupaciones teóricas ó doctrinarias de los diversos partidos que actúan en su vida política.

La función tutelar de los grandes estados sobre los núcleos menores, constituidos por la misma raza en territorios vecinos, es un hecho. Es inútil manifestar simpatía ó aversión hacia él, rendirle homenaje ó cubrirlo de invectivas. La evolución histórica es sorda á las loas y á las diatribas de los apóstoles; sólo entreabre su secreto á los críticos despreocupados. Conviene señalar el proceso histórico de su formación, determinar sus caracteres ge-

nerales, observar sus medios de consolidación en la mentalidad colectiva y ensayar algunas inducciones sobre sus venideras modalidades en esta parte del mundo civilizado.

Es preocupación ingenua la de juzgar los fenómenos históricos á través del lente empequeñecedor que nos ofrecen nuestras afinidades ó antipatías; ese criterio suele convenir á los políticos y es útil para arrastrar muchedumbres fácilmente alucinables. Los sociólogos saben que el criterio científico es otro. La vida universal constituye un progreso en formación continua, de integración progresiva; uno de sus modos particulares es la historia humana, cuya mayor complejidad debe atribuirse á que el hombre representa la más compleja evolución de la materia viva. Los hechos sociales y las transformaciones políticas no son buenas ni malas en sí mismas; resultan necesaria é inevitablemente de las fuerzas que concurren á determinarlas, fuerzas propias de las condiciones físicas del ambiente en que los hombres viven y de la acumulación de las tendencias que éstos heredan, debidas á la acción del medio sobre sus antecesores. Los fenómenos políticos no son el resultado de una libre elección de medios y de fines por parte de los pueblos ó de los gobiernos.

La ley de la lucha por la vida, y la consiguiente selección de los mejor adaptados á las condiciones del medio, domina ampliamente en la evolución

biológica. En el mundo social las condiciones de esa lucha son modificadas por el incremento de un factor propio de la especie humana: la capacidad de producir artificialmente sus medios de subsistencia. Ese hecho, ya señalado, engendra otro no menos general: la asociación de los hombres para la lucha por la vida.

La formación de grandes nacionalidades no es un hecho improvisado. De la familia á la tribu, de ésta á la raza, de ésta á la nacionalidad, se observa un proceso de expansión y unificación progresivas. Cada agregado social tiene que luchar por la vida con los que coexisten en el tiempo y lo limitan en el espacio. Los más fuertes vencen á los débiles, los asimilan como provincias ó los explotan como colonias. La potencia de un pueblo se cimenta en su riqueza y se apuntala en su fuerza; la riqueza depende de la población y de la cantidad de territorio explotable, la fuerza sirve para defender la riqueza y acrecentarla.

Los pueblos más fuertes, en cada momento histórico, ejercitan la política imperialista. Después del apogeo viene la decadencia, la nación se desorganiza y otros grupos sociales más jóvenes reemplazan al caído. La hegemonía de la civilización no es patrimonio eterno de ningún pueblo.

La superioridad no es puramente antropológica, sino histórico-político-económica. Esa formación de vigorosos organismos políticos amengua el rol de

los pequeños estados, cuya actividad queda enteramente subordinada á la que desenvuelven las grandes potencias. La política imperialista trae un recrudecimiento del militarismo, necesario por la tentativa de resistencia opuesta por las naciones débiles á las que naturalmente les imponen su hegemonía. En una humanidad compuesta de hombres perfectos y lógicos la preponderancia de las naciones más evolucionadas sería aceptada sin resistencias: la política internacional se resolvería en confederaciones de todos los pueblos similares bajo la superintendencia de los más fuertes y en beneficio de cada uno. Mientras esa bella utopía no sea realizable, la función tutelar de las grandes naciones tendrá como consecuencia inevitable una intensificación del militarismo, que es el órgano colectivo con que ejercitan su fuerza las naciones.

Las condiciones presentes de la vida económica tienden á intensificar esa absorción ó subordinación de los estados pequeños; la producción y el cambio han creado condiciones favorables á ese fenómeno, de acuerdo con el proceso de centralización propio del régimen capitalista.

Esa situación de hecho, ajena á las intenciones ó deseos de pueblos y de gobiernos, engendra en ellos sentimientos colectivos que le corresponden rigurosamente, como la sombra al cuerpo que la proyecta. Por eso la grandeza material de la nacionalidad argentina lleva en sí los factores que de-

terminarán en su mentalidad colectiva una franca tendencia nacionalista é imperialista, como de tiempo atrás se observa en los Estados Unidos.

El ideal imperialista es de paz. Los pueblos fuertes se consideran encargados de tutelar á los otros, extendiendo á ellos los beneficios de su civilización más evolucionada. Los débiles suelen protestar, oponiendo la palabra «derecho» á la fuerza del «hecho»; los medios necesarios para ejercer la tutela pueden parecer injustos. La historia ignora la palabra justicia; se burla de los débiles y es cómplice de los fuertes. Sin fuerza no hay derecho; quien quiera reivindicar un derecho—sea un individuo, una nación ó una raza—debe descartar el sentimiento de justicia y trabajar para ser el más fuerte. Eso basta.

Las causas que concurren á la formación histórica del nacionalismo y del imperialismo son múltiples. Se ha sostenido recientemente que la esencia del fenómeno está en el sentimiento colectivo de todo un grupo, pueblo ó raza; ese criterio lleva á buscar su interpretación en la psicología social. Nosotros creemos, en cambio, que sus factores genéticos deben buscarse en la economía. Un estado psicológico colectivo es siempre una resultante compleja; sus raíces descienden hasta los últimos factores que propulsan el agregado social, convergiendo todos ellos á orientarlo y estableciendo

entre sí relaciones de recíproca dependencia y su subordinación.

Pero así como el esqueleto da la forma al cuerpo, así como la frondosidad de una selva depende de los materiales nutritivos que los árboles pueden recoger del suelo en que viven y de las condiciones climáticas de la atmósfera que respiran, los modos de pensar y de sentir de un pueblo son en primer término el resultado de sus modos de vivir, es decir, de las condiciones de su desenvolvimiento económico. Los pueblos, lo mismo que los individuos, piensan y sienten según viven.

El nacionalismo asume caracteres de sentimiento colectivo cuando las naciones son ricas, trabajan más que las otras y se enriquecen más; las cifras de sus presupuestos, el monto de su producción y la cuantía de sus cambios comerciales dan la medida de su potencia y la razón de su primado. Manteniéndonos en la órbita del problema general, podemos afirmar que en el proceso pueden distinguirse dos fases: primera, el crecimiento de la potencialidad económica corre parejo con el aumento de la población y la expansión territorial, determinando un estado de espíritu que es su reflejo; segunda, ese estado psicológico se concreta en una doctrina, encuentra sus hombres representativos y orienta una acción colectiva.

El problema de la política imperialista afecta, y muy de cerca, los destinos inmediatos de mu-

chos países sudamericanos. Su actual independencia es cuestión de forma antes que de hecho; han salido de la dominación ibérica para convertirse en colonias económicas de las naciones europeas y estar amenazados por la inminente tutela yanqui. Ciertas repúblicas de la América latina sólo existen para las grandes potencias en el mismo concepto, de buenos clientes, que los territorios coloniales de Asia, Africa y Oceanía.

El porvenir planteará problemas que modificarán la situación.

La política de los grandes estados, que hoy asienta sus focos en Alemania é Inglaterra, se ha deslocado ya hacia los Estados Unidos y parece que llegará á tener un nuevo centro de energía en el Japón. Si la Argentina y la Australia continúan su rápido desarrollo material, cuya doble condición está en el aumento populativo y en la intensidad de su trabajo, llegarán á pesar en la balanza política mundial. En este caso les corresponderá de hecho la tutela sobre los otros países sudamericanos y oceánicos, evolución que los convertirá en nuevos núcleos imperialistas.

No hay motivos sociológicos para creer que el continente europeo conservará eternamente el primer puesto de la civilización humana: se ha desplazado muchas veces en la historia. Acaso, en algún remoto porvenir, las grandes potencias del mundo no sean Inglaterra que envejece, ni la

Alemania que vemos en plena virilidad. Después de Estados Unidos joven y del Japón adolescente, es probable que la Argentina y la Australia adquirieran una influencia sensible en la política del mundo entero.

Dos naciones podrían disputar á la Argentina la hegemonía del porvenir latino en Sud América: Chile y Brasil.

Chile es un país intensamente militarizado, con ideales de dominación y de conquista, hostigado por necesidades territoriales premiosas; si la supremacía política dependiera de la voluntad colectiva de un pueblo, nadie en Sud América podría disputársela al chileno. Pero tan vigorosas energías de carácter contrastan con factores naturales de gran importancia negativa. Su territorio es pequeño, amurallado por los Andes y ahogado por el Océano; la población que allí pueda aumentarse vivirá siempre con horizontes limitados y nadie se atrevería á afirmar que el país chileno llegará á ser el más próspero del continente.

Por otra parte, su ubicación sobre el Pacífico austral lo mantiene distanciado de los grandes centros presentes y futuros de la vida económica; sus principales recursos—las salitreras—son inseguros y la apertura del canal de Panamá sólo podrá quitar importancia á sus costas meridionales. Su expansión territorial no es verosímil. Hacia el Oriente no cabe pensarla, fijados ya sus límites

definitivos por un reciente arbitraje que los encuadró en sus límites naturales; hacia el Norte ha efectuado ya las conquistas posibles y todo nuevo ensayo provocaría conflictos internacionales que no le conviene suscitar.

El Brasil, en cambio, lleva á la Argentina dos grandes ventajas, muy respetables: la extensión territorial y la superioridad numérica de su población. El enunciado de sus ventajas involucra, sin embargo, dudosos pronósticos para su porvenir.

El inmenso territorio brasileño es, en gran parte, tropical; la formación de grandes nacionalidades es incompatible con las condiciones climáticas del ambiente tropical. La civilización blanca polariza sus grandes centros de cultura y de riqueza en las zonas templadas, tendiendo progresivamente á alejarse de las tórridas. El único Brasil que llena condiciones climáticas mediocres es el austral, lindero con el Uruguay, región que vive en perpetua inminencia de desmembramiento.

A estos factores geográficos debe agregarse la enorme masa de negros que forman el substratum de su población. Ocupándonos de las razas hemisferio nuestro parecer sobre el papel de la raza negra en la formación de los pueblos americanos; si admitimos que la civilización superior corresponde actualmente á la raza blanca, fácil es inferir que la negra debe descontarse como elemento de progreso. Un país donde lo corriente es el negro

ó el mestizo, no puede aspirar á la hegemonía sobre países donde el negro es un objeto de curiosidad. Tal es el caso de la Argentina, libre ya, ó poco menos, de razas inferiores, donde el exiguo resto de indígenas está refugiado en territorios que de hecho son ajenos al país; recientemente, ilustres extranjeros que han visitado el país, Root, Ferrero, France y Ferri se sorprendían de no haber visto negros entre los 1.300.000 habitantes de la ciudad de Buenos Aires.

El problema de la hegemonía sudamericana puede plantearse en términos concretos. Sus factores naturales son cuatro.

- 1.º La extensión.
- 2.º El clima.
- 3.º La riqueza natural.
- 4.º La raza.

Chile carece de extensión y de fecundidad. Al Brasil le faltan el clima y la raza. La Argentina reúne los cuatro factores: territorio vasto, tierra fecunda, clima templado, raza blanca.

Esas cuatro condiciones se traducen ya por una superioridad objetiva de progreso y de enriquecimiento. Puede compararse la rapidez con que crecen los diversos países sudamericanos, la cifras de la población, de los presupuestos, de la producción, de la exportación, del capital bancario, del movimiento de aduanas, de la valoración de la propiedad urbana y fundiaria, del kilometraje de ferro-

carriles, de la edificación, del capital industrial, de todo, en suma, lo que pueda ser un índice de progreso nacional (1). Comparando el Brasil y la Argentina, según la marcha de su desenvolvimiento actual y atendidos sus factores climatérico y étnico, se advierte fácilmente que en un porve-

(1) Dado el carácter sintético de estas páginas, creemos superfluo transcribir aquí las cifras estadísticas correspondientes. El lector podrá encontrarlas en todos los anuarios y almanaques. Sólo diremos que las últimas publicaciones oficiales referentes al comercio exterior de los estados latino-americanos durante el año 1910, permiten establecer un paralelo entre ellos, para conocer y comparar el monto de sus respectivas importaciones y exportaciones.

PAISES	Importación.	Valor en \$ oro
Argentina...	...	351.771.000
Brasil...	...	235.575.000
Chile...	...	108.582.000
Cuba...	...	103.876.000
Méjico...	...	97.433.000
Uruguay...	...	42.797.000
Perú...	...	22.508.000
Bolivia...	...	18.135.000
Colombia...	...	17.026.000
Venezuela...	...	12.388.000
Panamá...	...	10.057.000
Costa Rica...	...	8.153.000
Ecuador...	...	8.024.000
Santo Domingo...	...	6.409.000
Haití...	...	5.881.000
Paraguay...	...	5.375.000
Guatemala...	...	5.251.000
Salvador...	...	3.745.000
Honduras...	...	3.019.000
Nicaragua...	...	1.583.000

nir no remoto la superioridad argentina será real en todo ese orden de manifestaciones.

¿Debe inferirse de estos hechos la posibilidad de una guerra continental por la hegemonía?

No conviene á Chile; sus espíritus claros son francamente partidarios de la paz con las dos naciones mayores. El Brasil puede sostener sus derechos á la hegemonía fomentando su engrandecimiento económico, á cuyo efecto le bastaría ci-

PAISES	Exportación.	Valor en \$ oro
—	—	372.626.000
Argentina...	...	310.006.000
Brasil...	...	150.909.000
Cuba...	...	130.023.000
Méjico...	...	120.022.000
Chile...	...	43.333.000
Uruguay...	...	31.144.000
Perú...	...	29.081.000
Bolivia...	...	17.625.000
Colombia...	...	17.549.000
Venezuela...	...	11.666.000
Ecuador...	...	11.008.000
Haití...	...	10.924.000
Saato Domingo...	...	10.079.000
Guatemala...	...	8.645.000
Costa Rica...	...	7.298.000
Salvador...	...	4.419.000
Paraguay...	...	3.989.000
Nicaragua...	...	2.573.000
Honduras...	...	1.769.000
Panamá...

Las diferencias á favor de la Argentina son elocuentes y resultan más expresivas por cuanto nuestro país apenas tiene una población de siete millones y el Brasil cuenta con más de veintidós millones de habitantes.

Las veinte repúblicas ocupan una superficie de veinte

vilizar sus vastos territorios vírgenes, poblándolos, lo que es tarea de mucho tiempo; no es verosímil que se decida á jugar de otra manera esta partida. Es de toda evidencia que el ideal del pueblo argentino debe estar en la paz, siempre propicia á los que crecen más rápidamente; sólo necesita dejar transcurrir algunos lustros para que su influencia se agigante en una progresiva penetración moral y material. Su extensión, su fecundidad, su raza blanca y su clima templado la predestinan al ejercicio de la función tutelar sobre los pueblos neolatinos del continente.

millones y medio de kilómetros y tienen una población total de setenta y cuatro millones de habitantes. Según las cifras de 1910, la proporción por habitante es de 31,80 pesos oro.

Si se compara este resultado con el de la gran república del Norte, se nota progresión del intercambio comercial en la parte Sur del continente.

Los Estados Unidos, en efecto, registran una proporción de 37,30 por habitante, con setenta y seis millones de habitantes y un territorio de nueve millones y medio de kilómetros cuadrados. De esto se desprende que si bien la suma de la población es más ó menos igual, no pasa así con la extensión de la superficie ocupada, que acusa un excedente de más de diez millones de kilómetros cuadrados, excedente que acarreará un empuje en el movimiento del comercio exterior, á medida que se pueblen las comarcas desiertas.

VII

CONCLUSIONES

La historia de un pueblo es la enumeración de las incidencias por que atraviesa al evolucionar en un ambiente propicio á su vida y reproducción. La existencia de la especie humana y su repartición en nacionalidades es un accidente de la evolución biológica y carece de finalidad. Las necesidades materiales de la vida son el móvil de la actividad de los grupos sociales y sirven de base á su evolución económica: la economía política es una aplicación á la especie humana de leyes biológicas fundamentales que rigen la lucha por la vida.

La humanidad es una especie biológica que lucha por la vida en un medio limitado, la superficie de la tierra. Un agregado social es una parte de la especie humana que vive y se reproduce procurando conservar su unidad. La política internacional es la expresión de la lucha por la vida entre los agregados sociales; la política nacional es la expresión de la lucha por la vida entre los grupos que componen un agregado. Por ser la humana una especie

viviente, está sometida á leyes biológicas; por ser capaz de vivir en agregados sociales, se subordina á leyes sociológicas que dependen de aquéllas; por ser apta á transformar y utilizar las fuentes naturales de energía existentes en el medio en que vive, evoluciona según leyes económicas especializadas dentro de las precedentes.

El desenvolvimiento de los agregados sociales recientes resume en breve espacio de tiempo las transformaciones que en otros han durado muchos siglos. Por eso el examen de la evolución sociológica argentina—considerando á la nacionalidad como un agregado de individuos de la especie humana que se desarrolla dentro de ciertas condiciones naturales comunes—puede constituir un ilustrativo ensayo de biología social.

∴

La formación de las nacionalidades americanas es un episodio de la lucha entre las razas para adaptarse á las condiciones del medio; se caracteriza por la expansión de la raza blanca y la extinción progresiva de las razas indígenas.

Factores geográficos hicieron de Inglaterra y España los núcleos colonizadores del continente americano. Las dos corrientes de raza blanca se encontraban en diversas etapas de evolución económica y contribuyeron á formar ambientes sociológicos heterogéneos.

El régimen colonial español fué una explotación primitiva de las riquezas naturales, con reparto de la tierra entre los que no la trabajaban; determinó un desequilibrio de intereses entre los conquistadores y sus descendientes, traducido por conflictos económico-políticos que se resolvieron en la constitución de nacionalidades, sin intervención directa de las razas aborígenes.

La ausencia de intereses económicos diferenciados, debida á la falta de organización del trabajo productivo, impidió en el primer período de vida autónoma la formación de verdaderos partidos; la anarquía económica tuvo su exponente político en el caudillismo anárquico, que caracteriza los comienzos del feudalismo argentino. De inorgánico tiende á convertirse en un feudalismo organizado, substituyéndose á la anarquía de los caudillos un régimen caudillista sistematizado, que refleja la gran mayoría de los intereses de las oligarquías feudales. Las condiciones geográficas determinan desequilibrios en el grado de desenvolvimiento de las diversas regiones, influyendo sobre los conflictos civiles, que se han atenuado progresivamente.

Tras un breve paréntesis en que predominó la oligarquía metropolitana titulada partido unitario, el titulado federal recuperó la hegemonía política, por corresponder á los intereses agropecuarios que representan las grandes fuerzas económicas del país. Asentó su fuerza en las provincias medite-

rráneas, como antes el federal, mientras inestables agrupaciones opositoras se suceden en la zona aduanera y fluvial. Esas fuerzas políticas no tuvieron conciencia de su función económica; la riqueza del país no deja transparentar los conflictos económicos ó les quita esa violencia que los caracteriza en países menos ricos. Durante la formación agropecuaria se produce la segunda colonización del país, casi totalmente de raza latina.

La presente evolución capitalista prepara una diferenciación más clara de los partidos. Los intereses agropecuarios son los más importantes del país; los intereses del capitalismo naciente, propios de las industrias y el comercio, se desarrollan con rapidez; el proletariado industrial y rural comienza á constituirse con intereses propios. Esas tres fuerzas económicas pueden contener los gérmenes de los partidos políticos venideros.

..

El desenvolvimiento actual de la nacionalidad argentina se acompaña de una intensificación del sentimiento nacionalista y permite entrever su función dentro de la futura política continental. Su capacidad económica, su aumento populativo y las condiciones del medio en que evoluciona, preparan su hegemonía en la América latina. Los países que pudieran disputarle ese predominio se des-

envuelven en condiciones étnicas ó geográficas desfavorables.

La política internacional es la expresión de las relaciones entre los intereses comunes á todos los componentes de una nación y los de otras que coexisten en el tiempo y la limitan en el espacio. Los pueblos más fuertes, en cada momento histórico, ejercitan una política tutelar; la formación de vigorosos organismos políticos amengua el rol de los pequeños estados, cuya actividad concurre á la desenvuelta por las grandes potencias.

El predominio en Sud América corresponderá á la nación más favorecida por la convergencia de cuatro factores naturales: la extensión, el clima, la riqueza y la raza. Chile carece de extensión y de riquezas naturales; al Brasil le faltan el clima y la raza; la Argentina reúne los cuatro elementos: territorio vasto, tierra fecunda, clima templado, raza blanca. El estudio de todos los factores objetivos del progreso revela que el Brasil sólo conserva las ventajas inherentes á su extensión y población mayor; la Argentina progresa relativamente más que el Brasil; Chile queda relegado al tercer puesto. Considerando el porvenir inmediato del Brasil y la Argentina, según su desarrollo actual y teniendo en cuenta los factores climático y étnico, se advierte que la superioridad argentina tiende á acentuarse en todas las manifestaciones.

La hegemonía argentina tiene sus mejores ventajas en la paz internacional, siempre propicia á los que crecen más rápidamente; sólo necesita dejar transcurrir algunos lustros. Su extensión territorial, su fecundidad, su población blanca y su clima templado la predestinan al ejercicio de la función tutelar de la futura raza neo-latina en el continente sudamericano.